

Próximo número:

Frou-Frou

precioso drama, verdadera creación de la gentil actriz francesa

Gina Palerme



Postal-Fotografía:

William Farnum

La Novela Semanal Cinematográfica
sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 10.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 65

25 cts.



**LA
PEQUEÑA
PARROQUIA**

por

Italia Almirante

FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 65

ANTES DE EMPEZAR:


Saludamos á nuestros distinguidos lectores con motivo de Año Nuevo, deseándoles toda suerte de prosperidades durante el mismo.

Con este número — primero del año—va la innovación que aportamos á La Novela Semanal Cinematográfica á partir de la fecha. Se trata del color de la postal que será distinto cada semana. Suponemos que este cambio complacerá á todos, pues la variación de tonos de las fotografías resultará de muy buen gusto.

to y realzará la escogida colección que preparamos para 1924.

Como puede verse, el deseo de La Novela Semanal Cinematográfica tiende en absoluto á dar la máxima satisfacción posible á sus numerosos y distinguidos lectores, correspondiendo de este modo á la deferencia de que siempre ha sido objeto por su parte.

LA DIRECCIÓN.



La pequeña parroquia

por ITALIA ALMIRANTE MANZINI,
AMLETO NOVELLI, ALBERTO COLLO,
ORESTE BILANCIA, ETC. ETC.

Adaptación de la célebre novela del insigne
:: literato francés ALPHONSE DAUDET ::

Marca: ALBA-FILM.-1 CRINO

CONCESIONARIA:

Cinematográfica Verdager, S. A.
Consejo de Ciento, 290 :- :: -: BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

~~~~~

Aislada y sola junto á un camino hay una capilla blanca, con la puerta siempre abierta, como para invitar á entrar á los viandantes.

La llaman la «Pequeña Parroquia», pero su verdadero nombre es la «Buena Parroquia». Así lo dice el señor Merivet, que la hizo construir en memoria de su mujer. Su matrimonio no había sido siempre feliz, pero á través de grandes sufrimientos, en su alma había sentido renacer una nueva fe. Allí, en la humilde capilla sin sacerdote, y en la que sólo de vez en cuando celebra algún cura de paso... se predica la ley de la caridad... y del perdón.

El buen Merivet ha hecho de ella el fin, la religión de su vida. Sanar los sufrimientos... sobre todo del amor... con la bondad, con la resignación... y la rehabilitación. Es éste el secreto del atractivo, y tal vez de la ironía, que la humilde capilla despierta en el pueblecito de Uzelles, habitado por campesinos y pescadores, que dista poco de la gran ciudad, y que se extiende por la ladera de una colina hasta el mar. Está limitado por la extensa posesión de los señores Fenigau, y por el parque del castillo de Groosbourg.

Presentémos ahora á sus propietarios. La señora Fenigau, apenas se quedó viuda, llamó á su lado á su hijo Ricardo haciéndole interrumpir sus estudios, y no quiso volver á separarse de él.

Como en general todos los niños de familias acomodadas crecidos en el campo, Ricar-

do tenía un carácter indolente y ensimismado. Tímido hasta parecer huraño, hablaba poco, y tan sólo se apasionaba por los ejercicios al aire libre, por la pesca y los caballos. A pesar de sus formas atléticas, era tímido y blando, dominado completamente por su madre.

Era ésta una mujer activa y enérgica, que con los movimientos de sus faldas hacía sonar un manojo de llaves tan numerosas como las cerraduras de la casa. Su cabellera siempre al aire, rebelde á toda clase de peinado, era siempre negra, como sus ojos inquietos y buenos, pero de una bondad rigorista, sin entusiasmo y sin ternura. Para darle un beso á su hijo, á ese hijo á quien quería más que al mundo entero, era necesario que sucediera algo muy gordo.

Su necesidad de dominio absoluto sobre el ánimo y la voluntad de su hijo, se había manifestado ya impidiéndole á éste que se casara con una prima suya, que había pasado dos veranos en Uzelles. Una sola palabra suya había bastado para que el castillo de ilusiones, que los dos jóvenes habían levantado, se derrumbara como si fuera de naipes.

\*  
\*  
\*

Poco tiempo después se casaba Ricardo, sin que su madre le opusiera el menor obstáculo.



Ricardo de Fenigau (Amleto Novelli)

Todos los jueves, por una antigua costumbre, que la señora Fenigau toleraba, iban las huérfanas del Hospicio de Soisy, acompañadas por las monjas á jugar á las posesiones de Uzelles. Entre las mayores, había una expósita que, veinte años antes, las Hermanas habían recogido en la puerta del Hospicio. Se llamaba Lidia. Las mismas monjas estaban asombradas de sus instintos reservados, de sus distinguidas maneras, de su bondad. Obligada por la oscuridad de su origen y por su pobreza á un modesto porvenir, y fascinada por las prácticas religiosas, estaba ya decidida á hacerse monja.

El aire de gran distinción de la joven había creado la leyenda de que fuera hija de quién sabe qué dama de la aristocracia, obligada á ocultar su error, ó tal vez una culpa.

Durante aquellas visitas semanales, se había fijado Ricardo en la muchacha... otras veces la había visto sentada al órgano de la capilla del Orfelinato... y había concebido por ella una ardiente pasión, que la joven estaba muy lejos de sospechar.

Cuando la señora Fenigau notó los sentimientos de su hijo, por una extrañeza de su carácter los favoreció en vez de combatirlos.

Aquella pobre muchacha, sin familia, sin dote, no se atreviría nunca á oponer resisten-

cia á su voluntad, acostumbrada á dominar. El sentimiento de agradecimiento que debía sentir hacia ella por haber consentido que fuera su nuera, le daría derecho para guiar á su capricho la vida de los jóvenes.

En vísperas de pronunciar sus votos, había aceptado Lidia la petición de Ricardo... renunciando de golpe á la blanca toca, por los peligrosos tumultos del mundo. Y el matrimonio se celebró.

La primera contrariedad de Lidia fué tener que renunciar al viaje de novios, al que su suegra se opuso. Poco le importaba esto á Ricardo; su excesiva timidez le hacía temblar ante la idea de un viaje, de la vida en las fondas, con la necesidad de tratar con gentes que no conocía, y en lugares en que jamás había estado. Para Lidia, por el contrario, representaba el viaje el ideal de la felicidad que le estaba á ella permitida. En su vida de claustro, su único deseo había sido este: ver pueblos nuevos, irse lejos, muy lejos, y su tentación era tan grande, que con frecuencia envidiaba á los pobres habitantes de los miserables barracones de saltimbanquis nómadas. No insistió, pero su contenido deseo hizo nacer un rencor, que duró bastante tiempo. Llena de agradecimiento hacia su suegra hasta aquel día, se sintió, de repente, prisionera en su

casa. Por lo que hacía á su marido, al verle siempre con la cabeza baja, con la mirada incierta, tan tímido y tan achicado ante su madre, empezó á despreciarle, y se acostumbró á no contar con él para nada.

A decir verdad, la vida de Lidia se deslizaba monótona. Ricardo, que estaba ya hecho y que adoraba á su mujer, no lo notaba, y su egoísmo de hombre satisfecho le impedía toda rebelión, que habría roto el ritmo de su vida. Esta la regulaba escrupulosamente la señora Fenigau, que no descuidaba ninguno de sus deberes. En la mesa, siguiendo la costumbre y tradición antiguas, hacía los platos. Durante el día, aprovechaba mil ocasiones para humillar á su nuera, echándola en cara su inexperiencia y su oscuro origen, y por la noche se jugaba al ajedrez y se hacía un poco de música, que mal toleraba la madre, y á las diez, todo el mundo á la cama.

A los jóvenes esposos les habría gustado mucho pasear fuera, por el camino iluminado por la luna, ó por el bosque, entre los abedules, que la luz plateada de la luna hacía parecer fantasmas. Pero todas las puertas y verjas estaban cerradas, y las llaves colgadas á la cabecera de la cama de la señora Fenigau.

Una sola vez había visto Lidia á su marido como le habría gustado siempre. Durante una

caza habían encontrado al General Príncipe de Olmuk, dueño del castillo de Groosbourg y del parque confinante con su propiedad.

El General, tipo de gaudente afortunado, heredero de un nombre ilustre, de muchos vicios y de grandes riquezas, había quedado prendado de Lidia. Deseoso de volverla á ver, no descuidó ocasión alguna para lograr su objeto.

Al principio del invierno llegó á Uzelles una carta del General, que invitaba, en nombre de su mujer, á los jóvenes esposos para que asistieran á un estreno, en su palco de la Opera.

Lisonjeada en su vanidad y amor materno, esta vez no se opuso la señora Fenigau.

Fué necesario pensar en el traje de Lidia, y los días que faltaban para el fijado fueron para ella días de grande emoción, de trajeteo y de preparativos.

¡Oh, cuando después de tantas ansias y aprensiones se sentó junto al antepecho del palco, con las espaldas y los brazos desnudos, ante aquella brillante sala, ella que hasta la edad de veinticuatro años no había visto un teatro, probó una impresión singular y una excitación de todos sus nervios! Lo que se representaba en el escenario, lo que cantaban, las voces de la orquesta que aumentaban ó disminuían en una marea sonora, todo se perdía para ella entre los latidos de su corazón y

sus sienes. De repente fué arrancada de aquel vaivén en el cual se mecía.

El General, que estaba sentado detrás de ella, mientras se inclinaba para mirar á la sala, le había rozado, más de una vez, la espalda con sus bigotes y le había cogido después la mano, que ella se sintió apretar como en unas tenazas de acero y de fuego. Ofendida al principio, intentó desasirse, pero las tenazas se resistían y sujetaban aquella pequeña y mórbida mano, ya sin fuerzas para resistir á aquel apretón enamorado y brutal. Al final del acto se encendieron las luces y el General soltó la mano prisionera. Casi al mismo tiempo manifestó la princesa deseos de marcharse, y Ricardo y su mujer se quedaron solos. Terminado el espectáculo, agarrada á su marido y aturdida por la muchedumbre, por la animación y por la luz, le persuadió Lidia á dejar partir el tren, que aquella misma noche debía volverlos á Uzelles, y se fueron á cenar en un restaurant nocturno.

Para que todo resultara nuevo para la joven esposa, su marido, ordinariamente tan tímido, se había vuelto alegre y desenvuelto. Llamaba de tú á los camareros, llenaba con frecuencia de champaña las copas y juraba y perjuraba que en adelante cambiarían de vida, aunque se opusiera su madre. Cuando después se en-

contraron solos en una vasta habitación de hotel, estrechó Ricardo á su mujer entre sus brazos apasionadamente, como nunca se había atrevido á hacer por tierno respeto y por apasionado temor, y aquella fué para ellos su primera noche de amantes.

\*  
\*

Pero al día siguiente volvieron á Uzelles. La servidumbre estaba consternada, y hablaba en voz baja.

La señora Fenigau estaba enferma en cama, después de haber velado toda la noche, y esperado hasta por la mañana. Durante ocho días no bajó á comer, y si le perdonó á Ricardo su calaverada, tardó mucho en reconciliarse con su nuera. Se atrevió Lidia á recordar á su marido sus promesas y propósitos, pero él no tenía valor para rebelarse y hacer sufrir á su madre.

Ella sintió una despreciativa compasión por tanta poquedad, y renunció á las distracciones y á las fiestas, así como también al marido brillante, audaz y enamorado que había conocido aquella noche, una sola noche.

\*  
\*

El General no había vuelto á dar señales de vida, después de sus atrevimientos en el palco de la Opera. Lidia había quedado herida en su dignidad de mujer, pero un día que salió con Ricardo, vieron dentro de un coche al General inmóvil, completamente paralizado á consecuencia de una caída de caballo; solamente los ojos revelaban la vida en aquel cuerpo abatido, aniquilado, todavía en el vigor de la juventud. A su lado iban la princesa y su hijo Charlexis, á quien había llamado con motivo de la enfermedad de su padre, y que cursaba sus estudios para la carrera militar, en Saint-Cyr. La princesa presentó el joven á Ricardo y á su mujer.

El General no apartaba sus ojos de Lidia, y logró, con grandes esfuerzos, articular su nombre. Este hecho lo interpretaron todos como buen indicio de mejoramiento... y en vista de ello la princesa rogó á Ricardo que visitara con frecuencia el castillo para ver de aliviar al enfermo, y obtuvo de él formal promesa.

Desde aquel día fué Charlexis el lazo de unión entre Groosbourg y Uzelles. Era un jo-





El príncipe Charlexis (Alberto, Collo)

ven singular, de una educación refinada y tranquila, que lo mismo se interesaba por la charla de la señora Fenigau sobre los destrozos del lirón y los robos de los jardineros, que por las coqueterías de Lidia. Era también un frenético, un calavera, que amaba y buscaba el peligro, en el cual se metía con resolución, con mirada fría é impenetrable. ¿Era bueno ó malo? Nadie lo sabía. En poco tiempo había logrado transformar la vida de Lidia. Habiéndose ganado el favor de la señora Fenigau y de Ricardo, había podido organizar giras, veladas musicales, cacerías, y poco á poco Lidia, sin darse cuenta, sin notarlo, se había dejado invadir por una viva simpatía, por un sentimiento que no se atrevía á confesarse á sí misma. Nadie sospechaba nada; tan sólo el General, desde su poltrona de paralítico y sin la menor sombra de espía, lo había adivinado todo. Sentía muy vivos todavía, á pesar de los destrozos de su organismo, los deseos hacia la hermosa presa, que se le había escapado, y sufría al ver que su hijo estaba á punto de cazarla. La puso sobre aviso, y al verse Lidia descubierta, no tuvo más remedio que entrar dentro de sí y confesarse su sentimiento... no pudo seguir engañándose á sí misma.

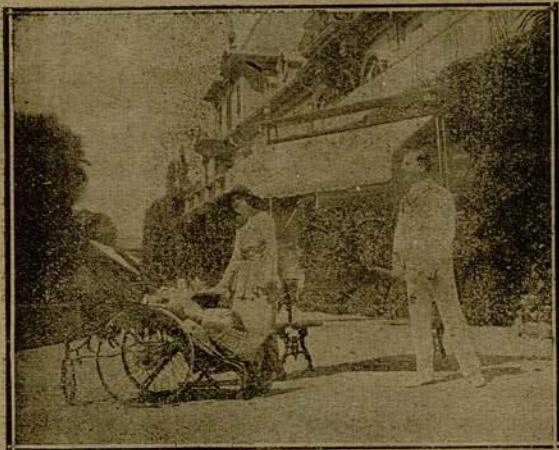
Al mismo tiempo tenía Charlexis una expli-



Durante aquellas visitas semanales, se había fijado Ricardo...

cación con su padre, que le obligó á volver inmediatamente á Saint-Cyr.

No pudiendo oponerse á la voluntad paterna, logró el joven tener una entrevista con Lidia, y aprovechándose de los sentimientos que había despertado en ella, la persuadió á en-



Nadie sospechaba nada; tan sólo el General,...

tregarse le y á huir con él...hacia una vida mejor... hacia la felicidad.

\*  
\*  
\*

Los dos amantes se embarcaron en un pe-

queño yate que Charlexis había fletado. Desgarrado Ricardo por la fuga de su mujer, su resolución fué darles alcance y vengarse de ellos matándoles.

Una vez satisfecho su capricho, la pasión de Charlexis por Lidia perdió sus bríos, y apareció el hastío. Una furiosa tempestad obligó al yate á volver al puerto. Desembarcaron después en Montecarlo, donde Charlexis despilfarró en poco tiempo todo el dinero que había podido llevar consigo.

El anciano General, ateneado por los celos, cojió la ocasión por los cabellos, é hizo saber á su hijo que no le daría un cuarto mientras no abandonara á aquella mujer. Llevó este encargo el señor Alejandro, servidor jubilado del General.

Hastiado ya de su aventura, accedió de buena gana Charlexis á los deseos de su padre.

Inventando imaginarios peligros para ella y para su amante, Alejandro convenció á Lidia para que se separase por el momento de Charlexis y se retirase interin á un pueblecito de Bretaña, á donde la acompañó.

La señora Fenigau nutría entonces contra su nuera el mayor desprecio, y hacia todo lo posible para comunicar estos sentimientos á su hijo.

Después de una caza inútil á los dos fugitivos, se había sumergido Ricardo en el mayor anonadamiento... pero en su pecho se agigantaba cada día más su pasión hacia Lidia, pasión que su timidez tenía escondida y sofocada, pero no por esto era menos violenta.

El viejo Merivet consolaba con frecuencia al joven, y le aconsejaba que antes de condenar... y tal vez matar, considerase bien las causas y las razones que, si no justificaban, podían por lo menos atenuar la culpa de la fugitiva. Charlexis había vuelto al castillo, y Ricardo, que lo sabía, lo desafió varias veces, le escribió cartas violentísimas, lo esperaba y le amenazaba matarle como á un perro rabioso.

De acuerdo las dos familias interceptaron estas cartas y amenazas, hasta que un día, habiendo concebido Ricardo sospechas sobre su madre, le armó un grande escándalo. La echó en cara sus malos tratos contra su mujer, y de haberles impedido, con su intromisión, que se comprendieran... y se amaran. La acusó también como única responsable de la culpa de Lidia, que con seguridad ya arrepentida, se encontraba ahora sola y abandonada, Dios sabía dónde. Por último, le dijo que estaba resuelto á perdonarla, á buscarla y á retirarla, y ante su madre aterrorizada, amenazó ma-

tarse si se le obligaba á seguir una vida semejante.

El golpe que recibió la señora Fenigau fué enorme. Se encerró dentro de sí misma, examinó su conciencia, y se atribuyó á culpa el ciego cariño que había tenido á su hijo, del cual



...amenazó matarse si se le obligaba á seguir una vida semejante.

había hecho un monigote sin energías, sin voluntad. Y ahora que ésta se había despertado, le había hablado el lenguaje de la rebelión. Sintió que sobre ella se cernía la desventura, y debía reconocer que con su egoísmo había destruído la felicidad de su hijo, esa felicidad que

era el objeto único de su vida. Su orgullo la había engañado. Para ella que fué siempre más bien madre que esposa, la pasión contaba como un requilorio de teatro ó de novela. La que ahora descubría en su hijo la aterraba, y apenas si empezaba á comprenderla.

Desde hacía un mes, Lidia esperaba en Breñaña la vuelta de Charlexis, con tanto más afán, cuanto que se había quedado sola, ya que, con un pretexto, se había marchado Alejandro á los pocos días. Demasiado orgullosa para reconocer su error, era también bastante honrada para pensar que no podía haber perdón para ella.

El día que recibió carta de la princesa ofreciéndola dinero y diciéndola que Charlexis había vuelto á la Academia para continuar sus estudios, y que debían considerarse acabados sus amores, se creyó perdida.

Rehusó el socorro que se le ofrecía, é intentó matarse con un pequeño revólver, recuerdo del joven.

\*  
\*\*

Mientras tanto la pequeña parroquia había hecho milagros. Después de la violenta escena



Desde hacía un mes, Lidia esperaba en Breñaña...  
Lidia. . . ITALIA ALMIRANTE

con su hijo, la señora Fenigau buscó consejo y consuelo en la oración. Había entrado maquinalmente en la pequeña capilla desierta, que con su serena sencillez hablaba de perdón... de resignación. La voz de su conciencia incitaba á la vieja á reconstruir la felicidad que ella misma destruyera y le aconsejaba que buscara á su extraviada hija, para ver si todavía era digna de perdón.

Deponiendo su orgullo á los piés del altar, y encargando al señor Merivet que velara sobre su hijo Ricardo para evitar una nueva desgracia, la señora Fenigau partió para Breña en busca de Lidia.

Cuando llegó al pequeño pueblo bretón, luchaba todavía Lidia entre la vida y la muerte, á causa de su herida. La señora Fenigau se puso á su cabecera, y no la abandonó un momento. Jamás hubo enfermera más atenta, ni madre más cariñosa que velara á la cabecera de un enfermo.

Cuando Lidia empezó á reconocer á cuantos la rodeaban, manifestó su rencor y su odio contra la mujer que había sido causa de todos sus males.

La señora Fenigau soportó como justo castigo estas manifestaciones, y á fuerza de cuidados y de solicitud tuvo el consuelo de oírse

finalmente llamar madre por aquella pobre criatura, á quien tanto había ofendido.

Cuando Lidia estuvo curada, la señora Fenigau se la llevó á Uzelles. Antes de que Ricardo se encontrara con ella, su madre le dijo lo digna que era de compasión, y le contó el estado en que la había encontrado, y lo que por ella había hecho.

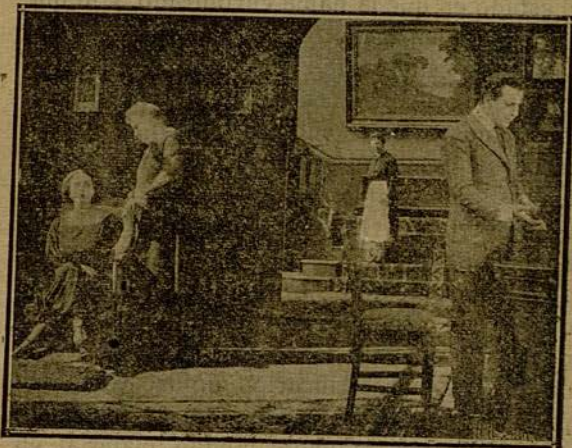
Ricardo estaba más que nunca enamorado de su mujer. Mil veces se había repetido á sí mismo que su única culpa era debida á un momento de debilidad, y que la recibiría con los brazos abiertos. Pero ahora, en el momento de volverla á ver, sentía que sus fuerzas le abandonaban.

Su dolor, su amor propio herido, los celos que le consumían le hacían titubear. Por la noche, al encontrarse solos frente á frente después de una explicación dolorosísima que puso de manifiesto sus mutuos sufrimientos, comprendieron la imposibilidad material en que se encontraban de reconstituir su vida, mientras persistieran la imagen y el recuerdo del pasado.

A Ricardo le pesaba no haber matado al enemigo... que le había robado todo su bien, y que le quitaba todavía la posibilidad de ser feliz, con su solo recuerdo.

Juró Lidia que ese recuerdo sólo le producía

odio, vergüenza y dolor, pero Ricardo no le dió oídos... sintió que no podía... que no le era posible olvidar, y al día siguiente aprovechándose de un viaje científico, que el señor Merivet hacía á Argel, se le ofreció como compañero.



...pero Ricardo no le dió oídos... sintió que no podía... que no le era posible olvidar,...

Lidia esperaba su vuelta en la confianza de que las heridas de los dos quedarían curadas y podrían reconstruir su vida, y ser felices.

\*  
\* \*

Han pasado tres meses. Las cartas de Ricar-

do van siendo cada vez más cariñosas y tranquilas. Lidia y la señora Fenigau viven esperando su vuelta, que puede tener lugar de un momento á otro.

Charlexis ha ascendido á teniente y ha vuelto al castillo. Con la mayor desenvoltura da vueltas con frecuencia en torno de las posesiones de Uzelles, y un día Lidia y él se encontraron de repente cara á cara.

Ante el hombre que había amado, y que ahora odiaba porque había destruído su hogar, se siente Lidia revolver la sangre y una terrible idea atraviesa su mente. Lo mira amenazadora y se aleja mientras cínicamente él la sonrío.

La mañana siguiente Charlexis fué encontrado asesinado junto á la verja de la posesión de Uzelles.

El mismo día y sin que nadie le esperara, llega de Argel, Ricardo.

El encuentro de Lidia y Ricardo... en aquellas circunstancias... casi ante el cadáver, fué por demás dramático. Los dos imaginan, creen adivinar al autor de aquel delito, y parece como si con sus miradas se dijeran su nombre, jurándose ayuda y complicidad recíprocas.

El viejo General y la voz pública, recordando las amenazas pasadas, los motivos de rencor de Ricardo y la coincidencia de su vuelta,

le acusan como autor material del delito... y las autoridades lo detienen.

Durante su interrogatorio, Ricardo mantiene una actitud, que avalora las sospechas... está á punto de confesarse reo... cuando de improviso se presenta al juez instructor un guarda ju-



El encuentro de Lidia y Ricardo... en aquellas circunstancias... casi ante el cadáver...

rado del Príncipe, llamado Santecour, que se declara culpable del delito, y cuenta las razones que le han impulsado.

El joven Charlexis era el amante de su nuera...

En ausencia de su hijo, él la vigilaba, y había sorprendido al Príncipe mientras, de noche, entraba en su casa por una ventana. Santecour le había pegado un tiro. Vuelto en sí y lleno de terror por las consecuencias que podía tener para él su delito, para desviar las sospechas había llevado el cadáver al sitio en que había sido encontrado... pero cuando había sabido el peligro que corría, de ser condenado un inocente, no había tenido valor para seguir callando.

Ricardo fué puesto en libertad, y pudo por fin correr á abrazar á Lidia, otra vez suya.

Cada uno de los dos había creído al otro culpable del asesinato.

Ricardo, para salvar á su mujer, estaba á punto de acusarse... mientras que Lidia, segura de la culpabilidad de su esposo, preparaba en silencio su fuga con él.



El domingo siguiente, el buen señor Merivet tuvo la dicha de ver, entre sus fieles devotos de su pequeña parroquia, á Ricardo y á Lidia.

FIN



## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides. 55, En los jardines de Murcia. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet. 58, La Bohème (extraordinario). 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario). 65, La pequeña parroquia.

### Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margaret Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bébe Daniels.

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

Talleres gráficos E. Verdaguer Morera  
Topete, 16 — Tarrasa

---

## Aviso importante

Nuestros distinguidos lectores pueden ya adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

Tomo I — del 1 al 22

» II — del 23 al 43

» III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona, recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (hasta el n.º 64, ó sean tres tomos), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

**PEDIDOS Y ENCARGOS:** En los quioscos y puestos de venta de costumbre y en la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.

---